Epistolario I (1880-1899) Miguel de Unamuno



Edición de Colette v Jean-Claude Rabaté. Univ. Salamanca. 2017. 1.112 pág 35 euros ***

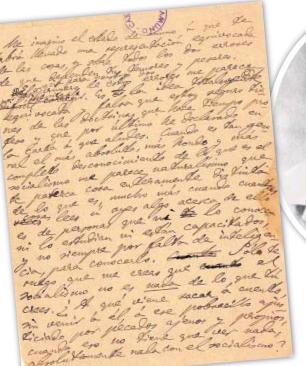
MIGUEL ÁNGEL BARROSO

ue Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936) un escritor sin freno, y entre los múltiples palos que tocó -narrativa, poesía, teatro, ensayo, libros de viaies, artículos en prensa- se mostró especialmente torrencial en uno, el epistolar, hasta tal punto que él mismo reconocía sufrir la enfermedad de la «epistolomanía». «Me gusta escribir cartas, es lo más lírico y menos ilativo», le dice en una misiva a Ortega v Gasset, A lo largo de su vida recibió más de 20.000 y escribió unas 3.000. Entre sus corresponsales estaba lo más granado de la política v de la cultura de su época: también familiares y amigos, lo que permite profundizar en el Unamuno más íntimo y personal. «Oué son mis cartas sino mi biografía», dijo. En realidad, son mucho más: el retrato de la España que transitaba entre siglos sumida en la depresión y avanzaba cargada de contradicciones hasta la desembocadura en un conflicto fraticida.

Los hispanistas Colette y Jean-Claude Rabaté, autores de la biografía canónica del escritor -publicada por Taurus en 2009- han asumido la gigantesca tarea de recopilar en ocho tomos las cartas que envió. El primer volumen, Miguel de Unamuno. Epistolario I (1880-1889) (Ediciones Univer-

Unamuno se carteaba con todos

El escritor mantuvo correspondencia con lo más granado de la política y la cultura de su época. Ocho tomos recogen este epistolario torrencial. Acaba de publicarse el de sus años de juventud



LETRA A LETRA Sobre estas líneas, retrato de Unamuno joven. A la izquierda, una de las cartas recogidas en el «Epistolario»

sidad de Salamanca), reúne 303 epístolas de la juventud del autor, de las que 60 son parcial o íntegramente inéditas. Se presentan en su natural orden cronológico.

Fueron escritas durante las

dos últimas décadas del siglo XIX y en ellas descubrimos a un Unamuno sediento de conocimiento, aficionado a la filología, el periodismo, la política, la creación literaria, la traducción... Con su lectura

asistimos a la forja de un «sembrador de cultura». El libro contiene cartas privadas y públicas -algunas se pueden considerar artículos de prensa-, ficticias y administrativas, borradores y postales... «Era capaz de escribir cuatro o cinco al día, y algunas muy extensas», reconoce Jean-Claude Rabaté. «Hacía copias de sus manuscritos y se las enviaba a sus amigos para que le dieran su opinión. ¡Y en aquella época no había fotocopiadora!». En esos textos queda impresa la huella de la Historia de España que le tocó vivir. En concreto, en el primer volumen, la última guerra carlista, el anarquismo y los procesos de Montjuïc -juicio militar tras el atentado terrorista contra la procesión del Corpus en Barcelona en 1896 que provocó 12 muertos-, la guerra de Cuba, el Desastre y sus consecuencias.

La cara más intima

Sin embargo, su compromiso público no tapa al Unamuno más hondo, angustiado por una crisis espiritual y por el porvenir de su familia. «A pesar de su pudor innato, ya que era consciente de que esa correspondencia podía pasar a la posteridad, la fachada de hombre severo se resquebraja cuando leemos sus escritos personales», comenta Colette Rabaté, «Transmite grandes emociones en el momento de casarse con Concha y cuando nacen sus hijos. Era muy niñero».

Entre sus corresponsales figuran escritores como Pérez Galdós, Pío Baroja, Clarín, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Rubén Darío, Joan Maragall y Azorín (del que decía que «hacía bostezar a media España»); políticos como Romanones, Alcalá Zamora v Azaña; pintores como Zuloaga; pensadores como Ortega y Gasset... «Unamuno es el gran intelectual español del primer tercio del siglo XX», concluyen los Rabaté. «Si recibió 20.000 cartas suponemos que debió contestar casi todas, y "solo" tenemos 3.000. ¿Dónde están las demás?».

Un ególatra fiel a sus amigos

Los Rabaté se «enamoraron» de Unamuno cuando, siendo estudiantes, visitaron Salamanca en 1969. «Era un ególatra, pero fiel a sus amigos». Han

seleccionado estos fragmentos del rio: a Juan Rubén

epistola-Carta

Darío

Arzadun (militar y escritor), diciembre 1890: «Me aterra una boda, me veo yo vestido de monigote, sin la soltura v desembarazo que me da mi porte ordinario, mi traje de diario, con sus pliegues y sus rodilleras: me veo ir a la iglesia en comitiva, corrido, requemándome las tripas; me veo en toda la comedia de fórmulas que hoy no significan nada, representando símbolos muertos a los ojos de un pueblo cursi por herencia, como todo pueblo; me veo observado,

con observación de malicia inofensiva. Deseo que no haya eso que llaman boda, con sus necedades obligadas y hasta brindis, ;horror de horrores!».

Carta 135 a Pedro de Múgica (filólogo y músico vizcaíno), octubre de 1895: «Lo de Cuba es sencillamente imbécil. Me alegraría tuviéramos algo con los Estados Unidos a ver si nos quitaban esas dichosas Antillas que solo sirven para daño nuestro».

Carta a Fernández Villegas (periodista y escritor), noviembre 1896: «Alguien me ha llamado anarquista conservador: ¡sea!, otro místico anarquista. Acepto cualquier mote aunque no me siento insecto clasificable, a quien quepa meterle un alfiler por el coselete, con su etiqueta, v clavarlo así en el corcho de la caja entomológica. Yo soy yo, como cada quisque, género aparte. Y mi progreso consiste en unamunizarme cada vez más».

Carta a Rubén Darío,

mayo de 1899: «Yo, se lo confieso, no siento la menor atracción hacia París, a la que no creo ciudad más luminosa

que Londres o que Berlín. En general, me penetra poco lo francés. Desde que aprendí alemán primero e inglés después -y hace ya años-, Juan Arzadun he leído poco francés, Algún

día explanaré mi hostilidad, hija de temperamento, hacia lo francés y aun hacia lo latino».